





LA GRAN GUERRA

COLECCIÓN · EL TIEMPO HABITADO



MARC BLOCH

LA GRAN GUERRA

Recuerdos de guerra
(1914-1915)

Reflexiones de un historiador sobre
las noticias falsas de la guerra

ERASMUS

2025

COLECCIÓN · EL TIEMPO HABITADO

HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA

ERASMUS EDICIONES

Primera edición: junio de 2025

Título original: *Souvenirs de guerre, 1914-1915 y Réflexions
d'un historien sur les fausses informations en
temps de guerre.*

© de esta edición: Editorial Almuzara S.L., 2025

© de la traducción: Raúl López López, 2025

Dirección editorial: Raúl López López

Diseño de cubierta: estudiodavinci

Maquetación: Edicionante

Imprime y encuaderna: Liberdúplex

www.erasmuslibros.com www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com erasmus@almuzaralibros.com

Derechos exclusivos internacionales en lengua española: Editorial Almuzara, S. L.

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4 C/8, Nave 12, nº 3.
14005 - Córdoba

ISBN: 978-84-10199-22-4

Depósito legal: CO-909-2025

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Hecho e impreso en España Made and printed in Spain





ÍNDICE

I. RECUERDOS DE LA GUERRA 1914-1915	13
Primera parte	15
Segunda parte.	93
II. REFLEXIONES DE UN HISTORIADOR SOBRE LAS FALSAS NOTICIAS DE LA GUERRA	99
1. La Crítica de los testimonios	101
2. Cuatro libros sobre las noticias falsas.	109
3. Problemas y perspectivas	123
III. Notas	133





Figura 1. Última fotografía conocida de Marc Bloch.
En torno a 1940.



I

RECUERDOS DE LA
GUERRA 1914-1915



PRIMERA PARTE

Tuve el honor de participar en los primeros cinco meses de la campaña de 1914-1915. Ahora me encuentro en París, de baja por convalecencia, y me recupero poco a poco de una grave fiebre tifoidea que el pasado 15 de enero me obligó a abandonar el frente. Aprovecharé el tiempo libre para fijar mis recuerdos antes de que el tiempo borre sus colores, hoy tan frescos y vivos. No lo contaré todo. Hay que dejar que el olvido se lleve lo que le corresponde. Pero no quiero abandonar a los caprichos de mi memoria los cinco meses extraordinarios que acabo de vivir. Ella suele hacer de mi pasado una selección a menudo poco juiciosa. Lo llena de minucias sin interés y deja que se desvanezcan imágenes que, incluso en sus detalles más insignificantes, me habrían sido queridas. Quiero que esta vez la selección que tan mal hace quede en manos de mi razón.

I

Agosto de 1914. Todavía me veo de pie en el pasillo del vagón que nos trajo a mi hermano y a mí de vuelta de

Vevey, donde el 31 de julio de 1914 habíamos oído la noticia de la declaración de guerra de Alemania. Veía salir el sol en un hermoso cielo nublado y me repetía a media voz estas palabras, en sí mismas perfectamente insignificantes y que, sin embargo, me parecían preñadas de un significado temible y oculto: “He aquí el amanecer de agosto de 1914”. Al llegar a París, a la estación de Lyon, nos enteramos por los periódicos del asesinato de Jaures. Una aguda inquietud se mezcló con nuestro luto. La guerra parecía inefable. ¿Habría mancillado el levantamiento sus comienzos? Hoy todo el mundo sabe lo infundadas que eran estas ansiedades. Jaures ya no existía. Pero la influencia de su noble espíritu le sobrevivió, como demostró a las naciones la actitud del Partido Socialista.

La imagen que París ofreció durante los primeros días de la movilización sigue siendo uno de los recuerdos más bellos que me ha dejado la guerra. La ciudad estaba tranquila y un tanto solemne. La lentísima circulación, la ausencia de autobuses, la rareza de los taxis, hacía que las calles fueran casi silenciosas. La tristeza que persistía en el fondo de todos los corazones se filtraba sólo por los ojos hinchados y enrojecidos de muchas mujeres. Los ejércitos nacionales hicieron de la guerra un fermento democrático. En París ya no había más que dos clases sociales: una era la nobleza, formada por “los que se iban”; la otra por “los que no se iban”, y que por tanto no parecían conocer otra obligación por el momento que mimar a los soldados del mañana. En las calles, en las tiendas, en los tranvías, la gente se hablaba, familiarmente; y la benevolencia general se traducía en

gestos o palabras a menudo pueriles y torpes, y sin embargo conmovedoras. Los hombres en su mayoría no eran alegres; eran decididos, que es mejor.

El 4 de agosto, por la mañana temprano, partí hacia Amiens. Recorrí parte del largo camino entre la avenida de Orleans y la estación de la Chapelle en un carro de verduras que un guardia de tráfico había requisado especialmente para mí. Yo iba sentado en la parte de atrás, apretujado entre las cestas de verduras. Por eso, el olor sano y ligeramente acre de la col y la zanahoria evocará siempre en mí las emociones de aquella mañana de partida: emoción y angustia. En la estación de la Chapelle, un anciano completamente canoso abrazaba su hijo, oficial de artillería, haciendo esfuerzos heroicos y totalmente vanos por contener las lágrimas. En Amiens encontré la ciudad extraordinariamente animada, las calles estaban evidentemente llenas de soldados - nunca entendí por qué se veían tantos oficiales farmacéuticos.

El 10 de agosto, a la una y media de la madrugada, el 272º Regimiento de Infantería, al que yo había sido destinado como sargento (18ª Compañía, 4ª Sección), salió de Amiens y por las calles de los suburbios, en el silencio de la noche, llegó a la estación de Longueau, de donde partimos. Fue un viaje largo y agotador bajo el calor agobiante de un día de perros. En la estación de Sedan nos dieron el boletín oficial que anunciaba la presentación de Mulhouse. En el tren, se lo leí a mis hombres. Me daba miedo hablar de victoria frente al gran campo de batalla de la derrota. Bajamos en Stenay.

Del 11 al 21 de agosto, el regimiento permaneció en la región del Mosa, primero en el propio valle, donde estaba

vigilando los puentes, y luego más cerca de la frontera, en la orilla derecha-. Ciertamente no tengo un recuerdo muy vívido de este periodo. Días hermosos, muy tranquilos, algo monótonos, llenos de las pequeñas tareas del servicio de acuartelamiento. El sol, los placeres bucólicos -pescar, bañarse en el río, siestas sobre la hierba- y el espectáculo de un país desconocido, que, aunque carente de alegría y vivacidad, no carecía de encanto, habrían podido hacer bastante agradables aquellos días si no hubieran estado impregnados de una febril expectación.

En la noche del 20 al 21, la sección a la que yo pertenecía estaba de guardia en el ayuntamiento de un pueblo del norte de Woevre, llamado Quincy. En mitad de la noche, un importante oficial del Estado apareció en el aula donde dormíamos. Despertado bruscamente, nuestro comandante de pelotón, dando saltitos sin zapatos, fue a recibir órdenes de aquel aguafiestas que quería ser dirigido por el coronel. El regimiento partió una hora más tarde. Era el avance. En plena naturaleza, pasando al pie de la ciudadela de Montmédy, que alza sus viejas murallas reforzadas con palos sobre laderas cubiertas de hierba, oímos por primera vez el cañón, el “bruto”, como dicen los soldados. Veríamos la primera metralla de Lanthanus -copos blancos en el cielo azul- al día siguiente, durante un alto. La noche del 21 nos acuartelaron en un pueblecito cercano a Montmédy, Iré-les-Prés, y a la mañana siguiente partimos para escoltar al convoy del cuerpo de ejército. Nos dijeron que estábamos a punto de penetrar en Bélgica. Nunca olvidaré la alegría de los hombres ante esta noticia. Por el camino llegó una contraorden, y un viaje muy largo y



Figura 2. Soldados alemanes en un vagón de mercancías. Las inscripciones en el vagón («de viaje a París»). (1 de agosto de 1914). Fuente: *Großer Bilderatlas des Weltkrieges*, Múnich, 1915. Autor: Oscar Tellgmann.

penoso llevó a mi compañía hasta Velosnes, un pueblo muy cercano a la frontera belga. Estaba ocupado por tropas del IV Cuerpo. Algunas acababan de regresar de una batalla. En una casa, en una pequeña plaza donde había un lavadero, había tres prisioneros alemanes, a los que fuimos a mirar por la ventana. Dormimos amontonados en un frío granero. En cuanto a mí, me tumbé sobre un montón de fardos y pasé una noche no demasiado mala.

El día 23 nos encontramos con los primeros heridos que había visto durante la campaña. A nuestra compañía le habían asignado la tarea de cavar trincheras frente a un pueblo llamado Thonne-la-Long -cerca del frente, como Velosnes, pero más al oeste- y las ocupamos has-

ta la mañana del 25. Allí pasé las dos primeras noches de la campaña. El día 23 encuentro estas palabras en mi diario: “Primer día en que la presión es realmente seria... Muchos heridos en los caminos. En la carretera (perpendicular a las trincheras ocupadas por nosotros) se pueden ver los restos de dos batallones del 87º... Con todo, la otra cara de una gran batalla, creo que de una gran victoria. Pero desde el día 21 sé que los alemanes están en Bruselas”.

En la mañana del 25, nos batimos en retirada y me di cuenta de que la esperanza testimoniada en las pocas líneas que acabamos de citar se había desvanecido. Esta decepción infinitamente cruel, la temperatura sofocante, las dificultades de la marcha por carreteras obstruidas por la artillería y los convoyes, y finalmente el abatimiento que me afectaba desde la víspera, hicieron de la jornada del 25 uno de los días más agónicos que he conocido. Pero, ¿podré olvidar jamás las dos tazas de café que me dio una campesina del pueblo donde nos detuvimos aquel día, Han-les-Juvigny? No había bebido desde la mañana, por razones obvias. No, por mucho que viviera, ninguna bebida podría proporcionarme una voluntad más fuerte que aquellas dos tazas de “bazofia”.

Pasamos la noche en el bosque. En verano, cuando hace buen tiempo, no hay lugar más agradable para acampar, creo que incluso mejor que un dormitorio. El abrigo de las hojas elimina lo que es demasiado acre del aire libre, y su olor apenas perceptible perfuma ligeramente las brisas frescas que vienen a acariciar el rostro del durmiente. Estos sueños “bajo las estrellas”, al aire